

1

Los ojos ciegos no dan testimonio.

En la cima del monte, una brisa agitaba las ramas de los pinos, y en el frescor de su sombra había veinte colmenas, todas pintadas de amarillo, con las patas y los bordes destacados en rojo, marcadas cada una con un número en la pared lateral. Y en la cubierta de cada colmena, un ojo pintado contemplaba el cielo, un ojo de mujer, exótico como los ojos delineados con kohl de las caras veladas, con el blanco muy brillante y el iris azul chillón. Eran los ojos de los jeroglíficos de las tumbas egipcias, pero en este caso observaban a los vivos, no a los muertos. Velaban y vigilaban el Ojo del Mal: uno por cada colmena, para alejar de las abejas la maldad de los insidiosos.

La brisa traía el aroma del mar estival –sal, roca húmeda, la suave descomposición de los desechos marinos– y, en el agua, al pie de la colina, se erizaban las cabrillas. En las proximidades de la costa, una lancha dejaba una estela blanca a su paso; mar adentro, junto a las islas de la lontananza, un yate pequeño izaba las velas.

En la cumbre de la colina, entre las piedras que delineaban el perfil de las ruinas, hasta los lagartos de cola turquesa

se amparaban del sol. El manantial diezmado era sólo una gota, aunque el abrevadero donde se almacenaba el agua estaba siempre lleno; Manyatis (un perro viejo y feo), con el pelo húmedo por chapotear en la pila, ladeaba la cabeza, intentando arrancar los abrojos clavados en su manto.

Las hormigas corrían entre las migas de pan de la mesa; las avispas se posaban en las espinas del plato. Gabrillis Kaloyeros se había sentado largo rato a comer, y el tiempo volaba mientras él se recreaba en los recuerdos. No obstante, todo debía estar en su sitio antes de las cinco, y aún no había preparado nada; cada día le costaba más moverse. Una hormiga le hizo cosquillas en la piel de la mano, de manchas hepáticas, atravesando las venas prominentes y los nudillos artríticos hasta la zona situada sobre la muñeca, donde no se le habían curado todavía los cardenales color berenjena (se le amorataba el cuerpo por cualquier cosa, con el menor golpe).

Se levantó de la silla a regañadientes y se apoyó un instante en el respaldo hasta que cesó el jadeo. La parra que daba sombra a la galería estaba cargada de uvas, pero como ya no tenía a Maria para sujetar la escalera, era una locura subir a cortarlas. Así que, como el zorro de la fábula de Esopo, se dijo que las uvas estaban amargas, y entró en casa.

La casa era pequeña –una sola habitación–, pero Maria ya no estaba y, sin sus cuidados, ya nada era como antes. Las moscas muertas flotaban en el orinal que utilizaba por las noches y, con el calor, el cuarto apestaba a orina rancia. La ropa olía mal y estaba sucia en los bordes, pero volvía a ponérsela sin lavar. La chimenea estaba llena de ceniza y hollín, aunque no la había encendido desde la primavera, y

los ratones anidaban entre las mantas de invierno almacenadas bajo la cama.

Sobre las sábanas enmarañadas estaba su gorra de béisbol. La gorra era un regalo que le trajo el profesor en su última visita. Cuando todavía estaba nueva, la insignia de Correos –con las letras *ELTA*, y una estilizada cabeza de Hermes con el casco alado– brillaba sobre el algodón azul. El azul estaba descolorido y, sin las coladas de Maria, las marcas de sal del sudor de su frente bordeaban el aro interior. Cuando el profesor se la regaló, se tomaron las botellas que le trajo de sus viñedos. Entre risas, el profesor agitó las manos sobre la gorra: era un hechizo, según le dijo, para protegerlo de los imbéciles de las carreteras. Y luego se puso serio y obligó a Gabrilis a que le prometiera que se pondría la gorra cada vez que saliese a la carretera. «Soy supersticioso –dijo–, así que sígueme la corriente, amigo.» La promesa era fácil de cumplir; la gorra era tan cómoda como unas zapatillas viejas. Pero el recuerdo de aquella tarde era ya lejano –habían pasado al menos siete veranos– y la visera había perdido rigidez, las puntadas de las costuras estaban descosidas. Había pasado mucho tiempo desde la última visita del profesor; lamentablemente, se enteraría –si volvía– de que las noticias aquí en Arcadia no eran buenas. Todo cambiaba para peor: estaban talando los olivares por donde ellos solían pasear, todo con el fin de dedicar la tierra a una cosecha nueva más provechosa: los extranjeros. Pero aquel rincón permanecía intacto; el profesor, con su interés por las ruinas, se alegraría de eso, al menos. Y las abejas estaban bien, la producción de miel aumentaba año tras año, así que, si venía aquel verano, podría catar la de flor de naranjo y la de tomillo. Pero

no estaría Maria para servirle el *yiouvetsi*; su muerte era otra mala noticia.

Se puso la gorra y se subió los pantalones caídos desde las caderas hasta la estrecha cintura. Había vuelto a perder el cinturón. No se percató de que se había caído del respaldo de la silla al suelo, justo debajo de la mesa, y sin las gafas (que también habían desaparecido y, como tantas cosas que perdía, parecía improbable que aparecieran) no podía distinguir el cinturón entre las sombras.

En el exterior recorrió lentamente el sendero entre los árboles. El calor del día estaba en su momento de mayor intensidad. Los chillidos estridentes de las cigarras lo inundaban todo. Cerca de las colmenas se oía el fuerte zumbido de las abejas, y Gabrilis aguzó el oído a su paso para comprobar si los enjambres se encontraban en buen estado. Las abejas, a su vez, se interesaban por él; se le posaban en la espalda y el pecho, volaban alrededor de la cabeza y la cara con un suave zumbido, y Gabrilis, sin perder la calma, las ahuyentaba.

Después del último pino –donde el sendero confluía con la pista abrupta que subía desde la carretera–, el terreno era llano. En aquel lugar guardaba Gabrilis su triciclo, un artilugio viejo y pesado que adquirió por un puñado de monedas al final de la guerra. El cesto de mimbre del manillar estaba lleno de latas de miel, y el remolque artesanal de dos ruedas estaba vacío y preparado. Pedaleó en el triciclo hasta la alta cerca de alambre erigida con el fin de evitar el paso de las cabras, pero al llegar a la puerta las manos flaqueaban, los ojos no enfocaban bien, y se esforzó en meter la llavecita en el candado. Por fin se abrió la cerradura y Gabrilis

entró en el huerto, en aquellas terrazas donde cultivaba las sandías y los melones.

El profesor decía que las terrazas eran antiguas, que se dedicaban desde hacía siglos al cultivo del trigo y la vid; y cuando hablaba de aquellos tiempos, sus palabras eran elocuentes. Como si lo hubiera visto con sus propios ojos, describía estampas del templo en su etapa de plenitud, las laderas cultivadas y fértiles, y un pueblo próspero donde ya sólo había maleza. Gracias a la labor de Gabrilis, las hileras llanas y ordenadas volvían a florecer, las grandes hojas de las plantas daban sombra al fruto sano y pesado. En los extremos de la terraza se apilaban las piedras extraídas para allanar el suelo; en su mayoría eran las rocas rugosas de la ladera, pero entre ellas había algunos fragmentos de mármol, lisos como cáscaras de huevo, con las estrías de inmensos pilares o vestigios de tallas exquisitas: hojas, frutos, pétalos, y en uno una cara de mujer, sin nariz pero aun así bella, colocada sobre un poste de una valla para vigilar los barcos que pasaban. Al excavar aparecían a veces objetos artesanales: abalorios de terracota con astillas de vidriado decorativo, una minúscula estatuilla sin pedestal, un dedo índice de mármol, muy bien modelado y de la longitud de una mano masculina. Todo lo que encontraba Gabrilis se lo había enseñado al profesor, pero cuando mencionaba la cuestión de los museos, el profesor se reía. «Son reliquias de este lugar –decía–, y aquí es donde deben estar», así que envolvieron las piezas cuidadosamente en paja y hule, y las enterraron en un hoyo detrás del manantial.

Brillaba el sol con un calor intenso; las manchas de sudor se extendían por los sobacos de Gabrilis, y en la espalda

huesuda tenía la camisa húmeda. Las sandías engordaban entre el follaje. El verdor de las pieles verdes con motas de color crema destacaba sobre la tierra polvorienta. Se agachó y rodó una sandía de un lado a otro para evaluar su peso; como le pareció que estaba en su punto, la levantó entre las hojas picudas y, con un cuchillo de cocina, cortó el tallo. Rodeó la sandía con los brazos, la presionó contra el pecho y cargó con ella hasta el triciclo, donde la depositó con cuidado en el remolque.

Pero cuando fue a coger una segunda sandía, Manyatis ladró a sus pies.

Aguzando el oído, Gabrilis oyó lo que había inquietado a Manyatis: los chasquidos y crujidos de las piedras bajo los neumáticos de un vehículo. A medida que se intensificaba el ruido, Manyatis ladraba con más fuerza y Gabrilis avanzó unos pasos artríticos hacia la pista; luego silbó, ordenó silencio, y Manyatis, cansado de ladrar, se alegró de sentarse.

En el recodo de la pista, esquivando con cuidado hoyos y baches, apareció un coche nuevo, reluciente, con un brillo argénteo apagado por el polvo calcáreo. Para mantener el frescor del aire acondicionado, los cristales tintados del coche estaban bien cerrados; la orquesta que tocaba música de Skalkatos en la radio del coche se atenuaba por el aislamiento de las ventanas. El vehículo se detuvo; el motor y la música se apagaron. Al desaparecer el ruido, el sonido rítmico y estridente de las cigarras parecía intenso.

Un joven salió del coche. Sonreía, pero tenía los ojos ocultos detrás de las gafas de sol, y Gabrilis pensó en los ojos de las moscas, que parecían ciegos pero lo veían todo, desde cualquier perspectiva. El joven llevaba la camisa remangada

por encima de las muñecas, el cuello abierto. Los pantalones beis conservaban la raya intacta a pesar del calor. Parecía guapo, pero al acercarse a Gabrilis, sus defectos se hicieron más visibles. Tenía la piel blanca, pálida como la de un inválido, y en lugar de la musculatura propia de su edad sólo había flaccidez y grasa, de modo que la barbilla –que podría haber sido noble– parecía endeble, y el vientre blando de viejo se desparramaba sobre el cinturón de los pantalones.

Ensayando otro desafío, Manyatis emitió un solo ladrido y trotó gruñendo detrás del joven. Pero el paso del joven era rápido, así que Manyatis, al notar el frescor de la sombra del triciclo, renunció al acoso y se tumbó allí.

El joven llegó a la valla y saludó a gritos a través de la alambrada.

–*Kali spera, kyrie!* ¿Cómo está, señor Kaloyeros?

Gabrilis entrecerró los ojos y, enfocando la vista borrosa de contornos rojizos, reconoció a su visitante. Se agachó junto a una sandía, buscando entre sus hojas secas el cordón umbilical del tallo para cortarlo. Mientras levantaba en brazos la sandía, que era tan pesada como un niño pequeño, una abeja posada en una flor recién abierta levantó el vuelo. Gabrilis caminó renqueante hacia la puerta, donde le esperaba Pandelis Paliakis.

Pandelis habló a través de la valla, como si el viejo estuviera en la cárcel.

–Pasa calor trabajando –dijo. El sudor empezaba a brillarle en la frente–. A lo mejor prefiere hablar en mi coche. Hace más fresco que aquí. –Mientras hablaba, con la brisa captó el olor del viejo, el sudor intenso y almizclado como el de un macho cabrío, y la sonrisa se apagó.

Pero Gabrilis negó con la cabeza.

–No tengo tiempo, señor –dijo con pesar–. Por desgracia, haga calor o no, tengo que trabajar.

Traspasó la puerta y dejó la sandía en el remolque junto con la primera.

–Entonces seré breve –dijo Pandelis–. Tengo una noticia buena y otra mala. La mala es que tal como esperábamos, se va a emitir una orden de expropiación de su tierra. La buena es que mi padre ha pensado que como nuestra familia está afectada por una propuesta similar, debemos presentar una alegación conjunta contra el Ayuntamiento. Yo me encargaré del caso, como le expliqué el otro día. Así que sólo necesito su firma para que pueda actuar como representante suyo, y me pondré con ello inmediatamente. Tengo los papeles en el coche.

–Mala cosa –dijo Gabrilis– cuando la tierra en la que uno ha vivido toda la vida ya no es suya. Yo construí esa casa hace más de cincuenta años. La construí con mis propias manos, hasta el último ladrillo y todos los tablones de madera. –Mostró las palmas a Pandelis; sus arrugas estaban oscuras de tierra, las uñas negras y rotas–. No tengo hijas con las que vivir, ésa es la lástima. Una hija cuidaría de mí, ahora que soy viejo. Usted tendrá hijas, supongo.

–No estoy casado.

–Pues debería casarse. Ya es bastante mayorcito. Su madre debería amañarle la boda. No soy tan viejo como para no saber cómo es la cosa. Habrá puesto el ojo en alguna señorita, ¿no?

Pero Pandelis hizo como si no hubiera oído la pregunta.

–Estoy seguro de que la propuesta municipal es infun-

dada –dijo–. Así que no se preocupe. Tengo confianza en que ganaremos.

Gabrilis alzó la vista y lo miró con ojos llorosos.

–Lo que no entiendo es por qué quieren mi tierra. Si sólo vale para labranza, como puede ver, y aun así es difícil de trabajar. ¿Para qué la quieren? No le servirá de gran cosa a nadie salvo a mí.

Una abeja se posó en el antebrazo de Pandelis. Arrugó la cara con preocupación y ahuyentó el insecto.

–Creo que quieren construir una antena de teléfono –dijo con evasivas–. Es por la elevación.

–Pero si yo no tengo teléfono –replicó Gabrilis–. Siempre he pensado que no me hacía ninguna falta. Maria quería tener teléfono. No sé quién pensaba que la iba a llamar.

En el bolsillo del pantalón de Pandelis vibró un móvil. Lo cogió y miró la minúscula pantalla, luego abrió la tapa.

–¿Sí?... Ahora no... Mañana. He dicho que mañana... No... No, no lo he olvidado... Te llamo más tarde. –Se guardó el teléfono en el bolsillo y comentó–: Abogados. Lo vuelven a uno loco. Mire, mi padre dice que no tiene que preocuparse por el dinero. No tendrá que pagar nada. Me dice que hay cierto parentesco entre usted y nosotros. El marido de su hermana era primo segundo de mi padre, creo.

Gabrilis frunció el ceño asombrado.

–¿A qué hermana se refiere, señor? Tengo tres. Todas eran más jóvenes que yo, pero las he sobrevivido a todas. No sé si es una bendición o una maldición. Diana fue la última en morir. ¿Cómo se llamaba su marido? –No se acordaba, pero de todos modos Pandelis ya iba camino del coche. Sacó una hoja de la guantera y una pluma de plata del maletín de piel.

Gabrilis se apoyó en el manillar del triciclo. Le costaba respirar, estaba colorado. Pandelis se le acercó, destapó la pluma y señaló la línea donde Gabrilis tenía que firmar.

–Me recupero en un minuto –dijo Gabrilis–. Es que el calor agota.

–Sólo ahí –dijo Pandelis–. Ya le pondré la fecha después.

Gabrilis no leyó el documento, porque no podía; tenía mala vista y además no era hombre de letras. Apoyó el papel en la palma y puso su marca: no era exactamente una firma, sino un garabato que había perfeccionado para ocasiones como ésta.

Pandelis cogió el papel, sopló la tinta y volvió a tapar la pluma.

–No se preocupe –dijo–. Todo saldrá a su favor. Si no, lo alargaremos en los tribunales. Cuatro años es mi récord hasta ahora. Ya veremos si podemos batirlo.

–Cuatro años –repitió Gabrilis–. Es mucho tiempo para mi edad. Puede que Dios no me conceda otros cuatro años.

–Le avisaré cuando haya noticias.

Pandelis se dio la vuelta, pero Gabrilis le tocó el brazo.

–Un momento, antes de que se vaya. ¿Le importaría ayudarme con una cosita? ¿Me corta unas uvas de la viña? Sólo unas pocas. Son una fruta estupenda y las avispas se están llevando lo mejor. Puede llevarse para usted también, por supuesto. Y para su padre, con recuerdos de mi parte. Sólo le llevará un minuto.

Pandelis alzó la vista hacia la casa, donde la viña se extendía todo a lo ancho de la galería, y miró el reloj con inquietud. Dudó. Luego se quitó las gafas de sol y sonrió.

–Ya llego tarde, y mi padre se va a enfadar de todas formas –dijo–, así que supongo que cinco minutos más no van a ninguna parte. ¿Y quién sabe? Unas cuantas uvas a lo mejor le endulzan el carácter. –Apoyó la mano en el hombro del viejo–. Tenemos que darnos prisa, pero dígame por dónde es y yo se las cortaré. Pero le advierto que no soy buen escalador, así que prométame que sujetará la escalera.

Gabrilis observó el coche de Pandelis hasta que desapareció de la vista. Mientras cogía la tercera sandía, se preguntó si debería haberle comentado que había papeles. No sabía si serían de utilidad para la causa, podía sacarlos si fuera necesario.

Entretanto, los había mantenido a salvo, en su escondrijo, con sus guardianes formidables.

Al pie de la colina, por la carretera de la costa, el horizonte era inestable como un espejismo y se ondulaba con el aire sobrecalentado. En los bordes de la calzada, el asfalto se ablandaba y el exceso de alquitrán era un fluido pegajoso; de vez en cuando, el asfalto tórrido se hinchaba formando cúpulas como bubones. Antes de las mejoras de la carretera, este viaje olía a tomillo y salvia. Ahora el hedor era químico, a brea derretida, gasóleo quemado y gases de los coches. Cuando la carretera era precaria, el tráfico avanzaba despacio. Ahora no se requería tanta cautela; el firme era liso y, desde el aeropuerto hasta los hoteles, se tardaba la mitad.

En cambio, el tiempo de viaje de Gabrilis no había disminuido. Pedaleaba con prudencia, esforzándose en mantener el movimiento del triciclo sin marchas en las cuestas, y frenando para impedir que la pesada carga se le cayese encima

en los tramos de bajada. Se pegaba al borde de la carretera, a pesar de que en el trayecto hacia el pueblo la abrupta caída hacia el mar estaba traicioneramente cerca. Y como una sirena, el mar le atraía; el señuelo del agua fresca y azul era potente y, si los ojos se desviaban hacia ahí, las ruedas podían despeñarse por la arriscada ladera rocosa hacia la bahía.

Los puntos de referencia de su ruta habían cambiado. Actualmente medía su avance por las obras por las que pasaba, contando las ruinas apenas empezadas, que nunca se acabarían: muros de cárcel grisáceos, huecos de ventana vacíos y las barras de hierro dispuestas para los pisos superiores, ya vencidas y oxidadas. Los constructores se habían marchado hacía tiempo, pero los escombros y la basura seguían allí, junto a la carretera, en forma de montículos de botellas de cerveza y latas vacías, cemento endurecido y cajetillas de tabaco, cartones de hamburguesas y envolturas de bocadillos.

En la marca de los tres kilómetros, frente a una Vespa con los neumáticos deshinchados y deteriorados, los cables del sistema eléctrico sueltos, el sillín rasgado con la espuma amarilla al aire, había una capilla. Gabrilis hizo la triple señal de la cruz sobre el corazón, y siguió pedaleando. Un coche dio un volantazo para esquivarlo y sacó una mano por la ventanilla, tal vez un saludo, tal vez un insulto. Pasó otro coche, y otro más. Una moto rugió a su lado. Se secó el sudor que le escocía en los ojos y siguió pedaleando.

Un taxi con distintivo azul marino se dirigía hacia él, en dirección al aeropuerto, y a medida que se acercaba, Gabrilis oyó a sus espaldas el estruendo de un claxon, y entonces un autocar cambió de carril para adelantar al triciclo, invadiendo el carril del taxi. El taxista tocó la bocina; el autobús

se desplazó hacia Gabrilis. Tanto se aproximó que el enorme lateral le tapó la luz al deslizarse a su lado, y, mientras se alejaba, la corriente de aire se llevó su preciosa gorra, lanzándola a los alcaparrales que había en la cuneta.

Gabrilis pedaleó despacio hacia donde estaba su gorra y se detuvo. En ese momento, la carretera estaba tranquila; mientras bajaba del triciclo, sólo venía un vehículo desde la cima del monte. Rescató la gorra del alcaparral y le sacudió el polvo con el dorso de los dedos. Abajo, a lo lejos, el calor había posado una mano apaciguadora sobre el mar, de modo que las aguas límpidas parecían quietas y relajantes, y él pensó en su casa, en la cama y en dormir.

El vehículo que se aproximaba era cada vez más grande. También tenía polvo en los zapatos, y se agachó para limpiárselo. Cuando el vehículo cambió de trayectoria, él estaba ocupado con sus zapatos, y no lo vio.

El impacto del coche fue fuerte y se llevó por delante a Gabrilis, junto con el triciclo y el remolque. Las sandías botaron por la ladera hasta que reventaron, esparciendo la pulpa roja por las piedras afiladas. El triciclo dio dos vueltas de campana, y luego quedó atrapado entre las rocas más grandes.

Gabrilis no llegó muy lejos: lo suficiente para pasar desapercibido al tráfico. Estaba tendido boca arriba, con el brazo roto y dolorosamente torcido debajo del cuerpo. Sangraba por la nariz.

Pasó el tiempo; el dolor disminuyó. Arriba, por la carretera, pasó un camión de la basura seguido de un ciclomotor, mientras Gabrilis yacía inmóvil entre los alcaparros y el tomillo, con los ojos mirando ciegamente el sol brillante.